JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

La venda de los ojos

ENTREMES

con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro

JOSÉ SERRANO



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

LA VENDA DE LOS OJOS

LA VENDA DE LOS OJOS

ENTREMÉS

DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

CON ILUSTRACIONES DE MÚSICA POPULAR

adaptada por el maestro

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA, el 31 de octubre de 1919



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1920

Al maestro José Serrano,

gloria de la música española.

Con el cariño, la simpatía y la admiración de su devotísimo,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	Luisa Espinosa.
SEÑÁ DOLORES	Rosa Corona.
MARÍA LA CALANDRIA	Isabel Clemente.
PACO	Francisco Tomás.
PERICO FLORES	Rafael Agudo.
PEPE «EL JILGUERO»	Ramón Abolafía.
PATARRA	Alfonso Díaz.
UN VENDEDOR	N. N.

La acción en Málaga.—Época actual

LA VENDA DE LOS OJOS

División de escena. A la izquierda una habitación, en planta baja, de la casa de Paco en el barrio de la Trinidad, de Málaga. Puerta de entrada y ventana con reja en la división. Muebles modestos: una cómoda, una rinconera, una mesa camilla y media docena de sillas de eneas. Sobre la cómoda, alumbrando una imagen, hay una lamparilla de aceite. Cuadros en relación con los muebles. Suelo de ladrillos rojos. Al foro y en la lateral izquierda sendas puertas que conducen al interior de la vivienda; la del foro estará cubierta por una cortina que se descorrerá a su tiempo. La estancia a que da paso la puerta del foro es una alcoba en la cual deberá verse, cuando se descorra la cortina, una cama de matrimonio y una cuna. A la derecha una calle solitaria y triste, que se supone continúa por detrás de la casa de Paco. En primer término de la derecha la puerta de una taberna. Es de noche y en el mes de noviembre.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. Dentro, en la taberna, se oyen palmas y rasgueos de guitarra y la voz de PEPE, «EL JILGUERO» que canta un tanguillo.)

Música

Pepe. (Dentro.) ¡Canela!
¡Que se pega el arroz,
Manuela!
¡Ay, como dise la gente
de arriba;
arencones con pan
y sardinas!
¡Ay, como dise la gente
de abajo;
arencones con pan
y pescao!

(Por el foro, de derecha a izquierda, cruza UN VENDEDOR con una canasta sobre la cabeza y en la mano un farol encendido.)

Un Vendedor. (Pregonando.) ¡Asás... y calientes!

(Dentro también, en la casa de Paco, su mujer, ROSARIO, duerme a su hijo cantándole la nana.)

Rosario. (Dentro.)

Mi niño se ha dormido
mi amor le sela;
un ángel escondido
su sueño vela.

—

Nana, nanita,
nanita, nana,
duérmete, floresita
de mi ventana.

(Por la puerta de la izquierda sale la SEÑÁ DOLORES, madre de Rosario. Es una vieja gruñona y fea, con mas bigotes que un sargento. Viste de oscuro. En un reloj de torre suenan ocho campanadas y después el toque de ánimas.)

Señá Dolores. (Inclinando la cabeza con devoción ante la imagen que hay sobre la cómoda.) ¡Las ánimas! Animas benditas... Dios las perdone... Padre nuestro, que estás en los sielos... (Mientras dura el toque de ánimas, la vieja sigue rezando en voz baja. En la taberna vuelve a oirse cantar a Pepe «el Jilguero». Cesa la música.)

Hablado

(Cuando termina de rezar la señá Dolores, se santigua y se asoma a la reja.)

Señá Dolores. ¡Las ocho y sin vení! A ese granuja voy yo a tené que acusarle las cuarenta.

(Por la puerta del foro sale, andando de puntillas, ROSARIO, una hermosa mujer de veinticinco años. Viste modestamente.)

Rosario. Procure usté no hasé ruido, madre, pa que no se despierte.

Señá Dolores. ¿Se durmió ya?

Rosario. Ya se durmió. (Abre un cajón de la cómoda y saca un mantón de crespón negro y liso.)

Señá Dolores. ¿Y ande vas ahora?

Rosario. Por torsá, antes de que sierren la tienda. Si viene Paco, que no tardo.

Señá Dolores. ¡No te hagas ilusiones! A Paco no le esperes hasta el amanesé.

Rosario. (Con disgusto.) ¡Güeno, madre! Por eso he dicho que si viene... (Se pone el mantón y sale a la calle desapareciendo por el último término de la derecha.)

Señá Dolores. (Asomándose a la reja.) ¡Pobre hija mía! La verdad es que hay hombres que ni picaos pagaban.

(Por el último término izquierda sale PERICO FLORES, un muchacho de veintitantos años. Viste de lanilla y sombrero ancho. Se encamina hacia la casa de Paco, pero al ver a la señá Dolores se detiene ante la reja.)

Perico Flores. ¡Señá Dolores!

Señá Dolores. ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usté, Perico? Yo lo hasía a usté camino de Güenos Aires.

Perico Flores. Y camino de Güenos Aires debía está, si no fuera por la pata que me persigue.

Señá Dolores. ¿Qué ha pasao? ¿No entra usté?

Perico Flores. Un ratiyo. (La señá Dolores se aparta de la reja y abre la puerta de la calle. Perico entra en la casa.) ¿Y Paco?

Señá Dolores. ¿Mi yerno? Pero, ¿viene usté en busca de mi yerno? Pos no es su casa er sitio más apropósito pa encontrarlo ahora.

Perico Flores. ¿Cómo es eso?

Señá Dolores. Por lo visto usté no está enterao.

Perico Flores. ¿De qué?

Señá Dolores. De que der Paco que usté conosía, honrao, trabajadó y hombre a carta cabá como ninguno, no quea ni sombra.

Perico Flores ¿Es posible? (Se sientan.)

Señá Dolores. Lo han güerto como se güerve un carsetín. Ahora es juerguista, jaranero, borracho... ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Aquí está como de huéspede. Er día que come no armuersa y er día que armuersa no come; y días que ni come ni armuersa. Se recoge al amanesé, cuando se recoge, que la mitá e las noches inventa pretextos pa pasárselas por ahí, y está hecho un perdío, lo que se dise un perdío.

Perico Flores. (Asombrado.) ¿Qué me está usté contando?

Señá Dolores. El evangelio de la misa.

Perico Flores. ¿Y Rosario?...

Señá Dolores. ¿Mi hija? Irnorante, hasta ahora, de lo que ocurre, porque siega por é y se cree to lo que la miente er muy granuja. Pero tantas van siendo las ausensias y tantas van siendo las faenitas que me temo que un día se entere de to y haya aquí una soná.

Perico Flores. ¡Várgame Dios y cuánto lo siento!

Señá Dolores. ¡Las ruinas que se vienen a las casas cuando menos se esperan! Una pícara mujé tiene la curpa.

Perico Flores. ¡Siempre las fardas de por medio! ¿Y se pué sabé quién es eya?

Señá Dolores. María, «la Calandria».

Perico Flores. ¿La cantaora de flamenco?

Señá Dolores. La misma.

Perico Flores. Pero, ¿no estaba liá con Pepe, «er Jirguero»?

Señá Dolores. Estaba liá con Pepe, «er Jirguero» y gorverá con é en cuanto se acabe er menguante. Pero se conose que pelearon y la gachí, pa darle achares ar mosito, se agarró ar primer hombre que pescó a mano y ¡mire usté ande fué a caé la china! Y no es eso lo peó, sino que el infeliz de mi yerno, poco acostumbrao a esas cosas, se ha ido colando con la pájara de una forma que ya le digo a usté: aquí, como de huéspede.

Perico Flores. ¡Pos que se ande Paco con cuidao! «Er Jirguero» es un mar bicho, mu echao pa alante y capaz de sortarle una puñalá ar lusero del arba. Como que una de las cosas que me han desidío a mí a crusá er charco es presisamente er quitarme de la vista de ese hombre. ¡Me las tiene jurás!

Señá Dolores. ¿A usté?

Perico Flores. En donde me coja me mata, ha dicho a to er que ha querío oírselo.

Señá Dolores. Y eso, ¿por qué?

Perico Flores. Sensiyamente porque en una ocasión me permití gastarle una chirigota a «la Calandria» por cuenta de é. Y le sentó peó que pagá el inquilinato. Desde entonses que no me pué vé.

Señá Dolores. ¡Es raro!

Perico Flores. Que no me pue vé porque yo me escondo en cuanto que lo guipo. ¡Eso es aparte!

Señá Dolores. ¡Pos ahí tiene usté entre la gentesita que anda metío mi yerno!

Perico Flores. Más le valiera haber caío en una cueva e ladrones. ¡Pos, señó, bien! Quiere desí que he dao er gorpe en farso.

Señá Dolores. ¿Qué gorpe?

Perico Flores. La verdá, señá Dolores, que yo venía buscando a Paco pa vé si quería hasé er favó de sacarme de un apuro en que estoy. Pero después de lo que usté me ha contao ¡cuarquiera le va a Paco con historias tristes!

Señá Dolores. Eso, no; que er le tiene a usté mucha voluntá y, si está en su mano, hara por usté lo que haga farta.

Perico Flores. Er caso es, señá Dolores, que, como usté sabe, yo pensaba irme a Güenos Aires er mes pasao, pero a úrtima hora, en ca e Duarte, me pidieron siete duros más que hasían farta pa er pasaje y como no los tenía pos ha sío menesté aguardá a otro barco.

Como quien busca candela he andao durante to ese tiempo, buscando er dinero por ahí, y—la verdá—nadie da lumbre; hasta que aburrío y desesperao me acordé de Paco, que es un güen amigo de la infansia y me dije: pué ser que este quiera hasé er favó de prestármelos... ¡Y a pedírselos venía!

Señá Dolores. Pos ya sabe usté lo que hay; mi yerno lo mismo pué yegá de un momento a otro que no paresé hasta Navidá. Lo más seguro es que fuera usté a buscarlo a casa de esa mujé, que vive...

Perico Flores. Lo sé.

Señá Dolores. Pos ayí lo encontrará usté, sin duda.

Perico Flores. Y lo sierto es que me da no sé qué de ir a molestarlo ayí, pero no vi a tené otro remedio porque la cosa urge, si he de marcharme en er vapor der cinco. ¡En fin! (Levantándose.) Señá Dolores, no le digo a usté na de lo que yo siento lo que pasa.

Señá Dolores. ¡Lo sé, Perico! Sé que es usté un güen amigo nuestro.

Perico Flores. Lo pué usté jurar.

Señá Dolores. Tampoco le digo yo a usté que aconseje a Paco, porque en estos asuntos ya es sabío que er que se mete, pierde.

Perico Flores. Desde luego.

Señá Dolores. ¿Y su mujé y los chiquiyos?

Perico Flores. Tos bien; durmiendo estamos unos en er fregaero y otros en la horniya, porque como desde hase un mes tenemos embalaos los muebles... ¡Y comiendo de fonda!

Señá Dolores. ¿De fonda?

Perico Flores. Pan y queso pa tos. ¡Y pasamos una sé!... Como que por la noche hay tiros pa acostarse en el fregaero. Con el aqué der grifo ar lao... ¡usté carcule!

Señá Dolores. (Sonriéndose.) El humó es lo que no pierde usté nunca.

Perico Flores. To se ha perdío menos el *humó*, que dijo el otro. Recuerdos a Rosario.

Señá Dolores. De su parte. Vaya usté con Dios.

Perico Flores. ¡Adiós, señá Dolores!

(Sale a la calle. Cuando la señá Dolores ha cerrado la puerta y Perico va a echar a andar, de la taberna sale PEPE EL JILGUERO discutiendo acaloradamente con PATARRA. Patarra no llega a dar la cara al público. Perico, al ver a Pepe, se queda de una pieza y procura escurrir el bulto, haciendo mutis por el último término de la izquierda, pegado materialmente a la casa de Paco.)

Pepe. ¡Que te digo que no! ¡Vamos, hombre!

Patarra. ¡No seas tonto, chiquiyo! ¡Ven aquí!

Perico Flores. (¡Rechufla, er Jilguero! Si me ve, los

siete duros se los tengo que pedir a Paco pa pagá mi entierro!)

Pepe. ¡Que con ese publiquito no güervo yo a cantá!

Patarra. ¡Si están borrachos!

Pepe. ¡Por eso mismo!

Patarra. ¡Anda pa dentro y no molestes!

Pepe. Porque me lo pides tú, Patarra.

Patarra. ¡Por lo que sea! ¡Anda ya, que hase frío!

Pepe. ¡Hablarme a mí de la Niña de los peines! Pero ¿qué sabrán esos curdas de lo que es cante flamenco? (Haciendo por lo bajo una salida de malagueñas.)

¡Tan hermosa y peregrina!...

¡Y ole! ¡Pa comerte, Jirguero!

(Entra en la taberna. Por el foro derecha sale ROSARIO y se acerca a la ventana de su casa.)

Rosario. Abra usté, madre. (La señá Dolores, que sentada en una silla, empezaba a dar cabezadas, vencida por el sueño, se levanta y abre la puerta de la calle, dejando pasar a Rosario.) ¿No ha venío?

Señá Dolores. ¡Ya te lo dije!

Rosario. Pos no hay na perdío. Se pué esté acostá cuando quiera.

Señá Dolores. ¿Y tú?

(Rosario se quita el mantón, lo dobla y lo vuelve a meter en el cajón de la cómoda.)

Rosario. (Sentándose.) Yo lo espero.

Señá Dolores. Pero, chiquiya, ¿estás loca? ¿Y si viene, como de costumbre, ar ser de día?

Rosario. Me es iguá. ¡Lo espero!

Señá Dolores. ¡Está bien! (Sentándose de mala gana.) Lo esperaremos las dos.

Rosario. Le arvierto a usté que sola no me van a comé los mengues. ¡Que estoy segura!

Señá Dolores. De desagradesíos está yeno el infierno.

Rosario. No es eso, madre. Pero si se quea usté pa hablarme mal de é, prefiero que se acueste.

Señá Dolores. ¡Si ya sé, hija de mi arma, que te molesta er que yo me meta con tu marío! Pero si yo no me meto, ¿quién se va a meté? ¿Tú, que en cuanto viene y te da cuatro abrasos y cuatro achuchonsiyos ya se están ustedes largando pa ayá dentro como si no hubiea pasao na? (Señala hacia la alcoba.) ¡Y to eso es porque no hay vergüensa en esta casa!

Rosario. (Con aire de resignación.) ¡Güeno!

Señá Dolores. ¡Pero, déjate, que lo que es esta noche no me va a queré oí!

Rosario. ¡Si er no quiere oirla a usté nunca, madre!

Señá Dolores. Porque sabe que conmigo no juega, que conmigo no le valen salamerías.

Rosario. (Sonriéndose.) ¡Ni que fuera usté la casá!

Señá Dolores. ¡Ay, pos si yo fuera la casá! ¡Chicos sorros que me había hecho ya con su peyejo! ¡Yo no tengo tu sangre!

Rosario. No empiese usté a dar voses que me va usté a despertá la criatura.

Señá Dolores. Me cayaré, si te parese.

Rosario. Será lo mejó.

(Por el foro izquierda salen PACO y MARIA LA CALANDRIA. Paco es un hombre de treinta años, zalamero y gracioso. Viste traje de lanilla y sombrero cordobés. El traje lo trae manchado de cal como si se hubiera refregado contra una pared recien blanqueada; y en el cuerpo lleva cuatro o cinco copas de más, con lo cual se quiere decir que viene alegre, pero no borracho. La Calandria es una hembra de rompe y rasga, vistosa y guapetona; viste falda negra de paño, blusa blanca de seda y mantón de crespón negro bordado.)

Paco. Tú espérame en la esquina.

María. ¡No me vayas a tené dos horas de plantón!

Paco. Una entrá por salía. Pedirle er dinero a mi mujé y salí pitando.

María. ¡Que no tardes!

Paco. ¿Tardá yo sabiendo que tú me esperas? ¡Cuestión de minutos!

María. ¡Vamos a verlo! (Se marcha por donde salió.)

Paco. Y vamos a vé ahora er lío que le invento a mi mujé pa que me deje libre la noche y me dé er dinero que nesesito. (Acercándose a la ventana y hablando con voz lúgubre.) ¡Rosario!

Rosario. (Con alegría.) ¡Ya está ahí!

Señá Dolores. Menos mar que ha yegao pronto. Cuenta conque no venga a sacarte dinero pa marcharse otra vez.

Rosario. ¡Qué mar pensá es usté!

Señá Dolores. ¡Que sería extraño!

Paco. ¡Rosario! ¿No me oyes? ¡Rosario!

Señá Dolores. Hija mía, haz el favó de contestarle, que si no va a paresé esto una reunión de espiritistas.

Paco. Mujé, ¿estás dormía? (Pausa.) Oye, Rosarito; ¿anda por ahí tu madre o se la ha yevao er basurero? (Rosario se ríe.)

Señá Dolores. (Indignada.) ¡Sí, hija, ríete, ríete! ¡Entoavía voy a salí y le voy a poné la cara como un cruse de vías!

Paco. ¡Rosario!...

Rosario. (Abriendo la puerta de la calle.) Entra, entra ya,

granujón, que me vas a oir las cuatro verdades del Barquero.

(PACO entra en la casa.)

Señá Dolores. Y a mí me vas a oí...

Paco. ¡A usté la va a oí su agüelo, señora!

Señá Dolores. ¡Digo! ¿Te parese?

Rosario. Con mi madre no te metas.

Paco. ¡Si es tu madre la que se mete conmigo!

Rosario. (¡Jesú, cómo viene!)

Señá Dolores. ¡Pero míralo, Adán, sinvergüenza, si da asco verlo!

Paco. ¡Señora, asco da también de verle a usté er bigote y nunca he dicho una palabra!

Rosario. (Con mimosería.) ¡Ven acá, ven acá, arrastrao! ¿Dónde te has metío, que vienes así? (Golpeándole suavemente para sacudirle la cal.) ¡Ay, qué hombres!

Señá Dolores. (¡Me hierve la sangre. No pueo vé con güenos ojos el agrao con que lo trata!) (Apartando a su hija y sacudiéndole ella a Paco la cal, con verdadera furia.) ¡Quita, quita! Esto se hase así.

Paco. ¡Señora! ¡Pero, señora!...

Rosario. ¡Madre!

Señá Dolores. (Con sorna.) ¿Te molesta?

Paco. ¿Cómo que si me molesta? Eso no es sacudirme, eso es darme una palisa!

Señá Dolores. ¡La que te tienes meresía, ladrón!

Paco. ¡Oiga usté!

Rosario. No le hagas caso.

Señá Dolores. (A su hija.) Quítame la rasón ensima! Dale vuelos, dale vuelos pa que me trate peó de lo que me trata. ¡Me voy! Me voy porque no quiero despertá a ese angelito y sé que como me tiren de la lengua va a haber aquí toros y cañas esta noche. ¡Me voy! ¡Me voy! (Y refunfuñando hace mutis por la puerta del foro.)

Paco. Esto de que ande sin bosá es un peligro; ya lo estarás viendo. Tu madre acaba por morderme.

Rosario. ¡La pobre! Porque me quiere mucho y sabe lo que sufro cuando no estás conmigo y se piensa de ti no sé cuántas picardías.

Paco. ¿Y tú no las piensas?

Rosario. Pos si yo las pensara, ¿te querría, charrán, como te quiero?

Paco. Hases bien, Rosariyo.

Rosario. Sin que esto quiea desí que no sienta tu abandono.

Paco. ¿Mi abandono, cuando mi mayor gusto sería estar siempre a tu vera? Dí tú que las cosas vienen como vienen y como vienen hay que tomarlas. ¡Es

como esta noche! ¿Te crees que me hase grasia el tenérmela que pasá fuera de aquí?

Rosario. ¡Ah! Pero, ¿es que esta noche?...

Paco. No hay más remedio, Rosariyo. Los amigos, deben sé amigos hasta la muerte, y esta noche tengo yo que cumplí un debé de amistá.

Rosario. ¿Tú?

Paco. Me da no sé qué de contártelo, porque desde luego vas a yevarte un disgusto.

Rosario. ¡Acaba ya!

Paco. Al infelí de Perico Flores...

Rosario. ¿Ha naufragao er barco?

Paco. Peó. Lo han matao esta mañana en er Moliniyo. (¡Ya debe de está en Güenos Aires!)

Rosario. Pero, ¿no se había ido a la Argentina?

Paco. A la Argentina pensaba irse, pero perdió er barco, se quedó aquí y hoy le han mandao pa el otro mundo sin cobrarle ná por er pasaje. (¡La Calandria estará echando las muelas!)

Rosario. ¡Jesú! ¡Jesú! ¡Várgame Dios! ¿Y cómo ha sío?...

Paco. Creo que por cuestión de unos corretajes; er «Mulato» y er se trabaron de pelea esta mañana. Er «Mulato» disen que sacó una faca más larga... que la vía de tu madre, y se fué pa Perico, y sin darle tiempo pa defenderse, como si fuea una caña dú... ¡sás! Pa arriba. ¡Dos tablas! ¡Un horró, chiquiya, un horró!

Rosario. ¡Dios mío y qué ruina! ¿Y cómo estarán en su casa su pobre mujé y sus hijos?

Paco. ¡Figúrate!

Rosario. ¿Te parese que me ponga er mantón y vayamos, aunque no sea más que un rato, a acompañá a la pobre Joaquina?

Paco. ¡No!

Rosario. ¿Cómo?

Paco. Si yo no tuviea que marcharme ahora mismo, me pareseria muy bien, pero ya es tarde y a las nueve he queao sitao en er sementerio. Somos cuatro a velarlo: Manolo «er de los Gayos», Juaniyo «er Caña», el hijo de «la Loba» y yo.

Rosario. En ese caso...

Paco. No me entretengo más. ¡Adiós, Rosariyo!

Rosario. ¡Adiós, Paco!

Paco. ¡Ah! Se me orvidaba. Dame unos duros, porque no yevo ensima ni una perra.

Rosario. ¿Dinero? ¿Y pa qué quiés tú dinero?

Paco. Mujé, ¿voy a ir sin un chavo?

Rosario. Es verdad. ¿Qué dinero quieres?

Paco. Ya te he dicho: unos duros. ¡Seis o siete!

Rosario. ¿Siete duros? Pero, ¿vas tú a pagá el entierro?

Paco. ¡Mujé!..

Rosario. ¡Ay, Paco, que me escamo!

Paco. ¡Que sí, mujé, que voy yo a pagá el entierro!... Entre los cuatro...

Rosario. ¡Ah! Siendo así... ¡Pobre Perico! (Vase por la izquierda.)

Paco. ¡Ya está! Un día le digo que se ha caío una estreya, y por desírselo yo, se lo cree. ¡Más inosente es!... No le pago yo como se merese.

(Por el foro izquierda sale PERICO FLORES y se encamina hacia la casa de Paco; encuentra la puerta entreabierta, porque Rosario se olvidó de cerrarla, la empuja y entra en la habitación. Paco está vuelto de espaldas a la puerta de la calle, esperando en la de la izquierda a que su mujer llegue con el dinero y no ve entrar a Perico.)

Perico Flores. Dios te dé mu güenas noches, Paco.

Paco. (Estupefacto.) ¿Eh?... ¿Tú?... ¡Mardita sea!... (Furioso.) ¡Lárgate ya mismo de aquí! ¿No te habías muerto? ¿No te habías ido?

Perico Flores. Irme pensaba, pero... ¿qué quieres?

Paco. ¡Que te largues en seguía! ¿No me oyes?

Perico Flores. ¡Hombre! Yo... Como tú eres un güen amigo de la infansia...

Paco. ¡O te vas o te mato!

Perico Flores. ¡Pero, Paco!...

Paco. ¡No hay Paco que varga! ¡A la caye o vas a vé! (Haciendo ademán de sacar un arma.) ¡Vete pronto!

Perico Flores. (Saliendo a la calle.) ¡Camará! ¡Adiós, hombre, adiós!

(De la taberna sale PEPE EL JILGUERO.)

Pepe. (Mirando hacia el interior de la taberna.) ¡Ahora güervo!

Perico Flores. (Empujando la puerta de la casa de Paco cuando éste va a cerrarla.) (¡Mi madre! Er Jirguero otra vez.) (A Paco.) ¡No sierres!

Paco. Pero, ¿qué hases?

Perico Flores. ¡Que entre que me mates tú o me mate el otro, prefiero que me mates tú, que eres un amigo!

Paco. (En el colmo de la indignación.) ¡Perico!...

Perico Flores. ¡Ni Perico ni ná! ¡Que a la caye no sargo!

Paco. ¿Tú me quiés buscá una ruina?

Perico Flores. ¡Que no sargo!

Paco. ¡Pos escóndete!

Perico Flores. Eso es otra cosa. (Va hacia la puerta del foro.)

Paco. ¡No, ahí no! (Va hacia la izquierda.) ¡Ahí, tampoco!

Perico Flores. ¿Entonses?...

Paco. (Levantando la ropa de la mesa camilla.) ¡Métete aquí!

Perico Flores. (Resistiéndose.) ¡Pero, chiquiyo!...

Paco. ¡Que te metas aquí!

Perico Flores. ¡Que me voy a achicharrá con er brasero!

Paco. (Impaciente.) ¡Vivo!

Perico Flores. ¡A achicharrarme vivo, ya lo sé!

Paco. (Con las de Caín.) ¡Perico!

Perico Flores. (Escondiéndose debajo de la mesa.) ¡Güeno va! ¡No te pongas así!

Paco. ¡Y como rechistes, como te muevas, te aso de un tiro!

Perico Flores. (Asao de un tiro o asao a la lumbre, ¿qué más da? Pero, ¿qué mosca le habrá picao? ¡Y eso que es un amigo! ¡Y eso que no le he yegao a pedí er dinero! Si le digo que son siete duros, me liquida. ¡Soy más desgrasiao!...)

Paco. (¡Pos no es ná! Pa que se hubiera presentao mi mujé... ¡Ni quieo pensarlo! Si más pronto lo mato, más pronto resusita. (Viendo venir a Rosario.) ¡Digo! ¿Eh? Si no ando listo... (A ROSARIO, que aparece por la izquierda.) ¿Traes er dinero?

Rosario. ¡Caya, hombre, que por más que busco las yaves, no las encuentro!

Paco. ¡Por vía e los moros!

(Por el foro sale la SEÑÁ DOLORES.)

Rosario. (A su madre.) ¿Usté ha visto por casualidá las yaves der baú?

Señá Dolores. Las tengo yo. (Se las da.) ¿Pa qué las quieres?

Rosario. Pa darle siete duros a Paco.

Señá Dolores. Pero, hija, ¿tú eres tonta?

Rosario. No, madre, que esto es pa una cosa mú sagrá: pa pagá el entierro der pobresito Perico Flores, a quien han matao esta mañana en er Moliniyo.

(Debajo de la mesa se oye un ruido extraño. Rosario vuelve a marcharse por la izquierda, y la señá Dolores se queda con la boca abierta mirando a Paco.)

Paco. (Al oir el ruido.) (¡Se achicharró!)

Señá Dolores. ¿A Perico Flores?

Paco. ¡Sí, señora! ¡A Perico Flores! (¿A que me estropea la combinasión esta bruja?)

Señá Dolores. Pero, ¿tú te crees que yo soy como tu mujé, que se las traga como er puño? ¡Si con Perico Flores he estao yo hablando aquí mismo no hará ni media hora!

Paco. ¿Con Perico Flores? ¡Vamos, señora, usté está soñando!

Señá Dolores. ¿Cómo soñando?

Paco. O está usté sonámbula.

Señá Dolores. ¿Sonámbula? ¡Asércate y verás!

Paco. (¡A esta mujé la mato a media noche! No tengo más remedio.)

Señá Dolores. Pero, ¡tonta de mí! ¡Si ya me lo explico tó! ¿Sabes tú quién está ahora en la esquina de la caye, y esperándote a ti, seguramente?

Paco. ¿A mí?

Señá Dolores. ¡María la Calandria!

Paco. (Procurando disimular su turbación.) ¿Y qué tengo yo que vé con María la Calandria?

Señá Dolores. ¡Más de lo que le conviene a mi hija!

Paco. (Sonriéndose.) ¡Vamos!...

Señá Dolores. No te hagas er nuevo. Si lo sabe tó er mundo, tó er mundo menos tu mujé, y quiea Dios que nunca lo sepa. Y que no sé de qué te habrás enamorao, porque de cara, la Calandria es una arjofifa. ¡Y que debe tené además un corasón como una plasa de toros!

Paco. ¿Como una plasa e toros? ¿Por qué?

Señá Dolores. ¡Pos, hijo, no sé qué desirte! Pa que le quepan tós los hombres der barrio.

Paco. ¡Eso es mentira! María no quiere a nadie más...

Señá Dolores. ¿Que a tí? ¡Vive con esa ilusión! María no quiere a más hombre que ar suyo: ¡a Pepe er Jirguero!...

Paco. (¡Mar tiro le den ar niño!)

Señá Dolores. Te mira a ti como los mira a tós, y si te distingue un poco, es porque tú vas argo mejó trajeao que los demás y va a ver lo que te saca; pero como quererte... ¡ni esto!

Paco. ¡Qué sabe usté!

Señá Dolores. ¿Que si lo sé? De ti se ríe, de ti se burla, te hase una cara por delante y otra por detrás, y mientras tú te pasas la vía hasiéndole la ruea a esa lechusa, la golondrina que tiés por mujé sufre sola sus penas y tié que aguantá las impertinensias de más de cuatro, que se han empeñao en ponerle a eya los puntos y a ti er femenino.

Paco. Pero, ¿qué dice usté, señá Dolores? ¿Que anda arguien detrás de mi Rosariyo?

Señá Dolores. ¡Andan!

Paco. ¿Quién? ¡Er nombre de arguno! ¡Que yo lo sepa! ¿Y eya le hase caso?

Señá Dolores. ¡Si será como tú! (Por el foro izquierda salen del brazo PEPE «EL JILGUERO» y MARIA «LA CALANDRIA». Ella se ríe mucho; él le dice madrigales al oido. Los dos entran en la taberna muy amartelados.) Y... ¡Caya!... (Asomándose a la ventana.) ¡Mira! Paese cosa de milagro. ¡*Tu* María der braso de otro!

Paco. (Asomándose a la ventana también.) ¿Eh? ¡Cansá de esperarme! (Furioso.) ¿Con Pepe «er Jirguero»? (Hace ademán de salir a la calle.)

Señá Dolores. (Sujetándole.) ¡Quieto aquí!

Perico Flores. (Asomando la cabeza.) (¡Ya se armó!)

Paco. ¡Suérteme usté, señá Dolores! ¡La faca me está sartando der borsiyo!

Señá Dolores. ¿Dónde vas?

Paco. ¡Déjeme usté!

Señá Dolores. ¡Que no!

Paco. ¡Señá Dolores!

Perico Flores. (¿Sargo?)

Señá Dolores. Pero, ¿tan emperrao estás que ni aún así se te cae la venda de los ojos?

Paco. ¡Los mato!

Señá Dolores. ¡Que tienes un hijo, Paco! ¡Piensa en él!

Paco. ¡Malhaya!...

Señá Dolores. Ensima de tó ¿vas a buscarte una perdisión por quien te habrás convensío de que se va con er primero que yega?

Paco. (Sentándose anonadado y vencido.) ¡Perdía!...

Señá Dolores. ¡Loco! ¡Que te sirva de lersión y de escarmiento! Tu fortuna está aquí, en tu casa, ar lao de tu mujé y de tu hijo, que son los cariños que no engañan.

Paco. (Serenándose un poco.) Yeva usté rasón. Me ha hecho usté ver claro. No se merese esa mujé ni que yo la güerva a mirá a la cara. ¡Y haber engañao por eya a mi Rosariyo!...

Señá Dolores. ¡Los hombres, a veses, pierden la chaveta!

Paco. No le diga usté na de lo que ha pasao. ¡Que no se entere nunca!

Señá Dolores. (¡Pobre!)

Perico Flores. (Asomándose de nuevo.) ¿Se pué ya salir?

Señá Dolores. (Dando un grito asustada.) ¡Ay! ¡Perico! ¡Chico susto me ha dao usté! Pero, ¿qué hase usté ahí, criatura?

Perico Flores. ¡Que me empieso a atufá! ¿Sargo?

Señá Dolores. (Mirando a Paco y mirando luego a Perico.) ¡Ah! Ya comprendo. Sarga usté. Es desir, no. ¡Silensio! Escóndase usté, que mi hija yega.

Perico Flores. ¡Vaya un sisco, señá Dolores!

Señá Dolores. ¿Ha visto usté? ¡Las cosas de los hombres!

Perico Flores. Si digo que ¡vaya un sisco er der brasero! ¡Camará! ¡Flojo es er doló de cabesa que se me está levantando!

Señá Dolores. ¡Vamos! ¡Tápese usté ya! Que siempre tenga usté ganas de broma...

(Por la izquierda sale ROSARIO con los siete duros en la mano.)

Rosario. (A Paco.) Toma, tú; los siete duros.

Paco. (Levantando la cabeza que la tendrá oculta entre las manos.) Ya no hasen farta; ya no me voy.

Rosario. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Estás malo?

Señá Dolores. No, hija; es que lo ha pensao mejó y se queda aquí con nosotras. ¿Verdá?

Paco. Verdá.

Señá Dolores. La noche está fresquiya ¿y a qué va a gorvé a salí? Después de tó, ar pobresito de Perico Flores ya no se le pué haser na.

Rosario. Pero estos siete duros eran pa su entierro.

Señá Dolores. Pos dámelos; eso, sí, eso sí es justo. Descuida, que los siete duros, ya que estaban destinaos a Perico Flores, pa Perico Flores serán. Yo me encargo de eyo. (Rosario le da el dinero a su madre.)

Rosario. (A Paco.) Pero, ¿de veras no sales, Paco? ¿De veras no te vas?

Paco. Ni ahora ni nunca. Ya me tienes aquí como antes, como siempre. ¡Pa ti sola!

Rosario. ¡Ay, Paco! ¡Qué alegría! (Se abrazan. En la alcoba se oye el llanto de un niño.)

Señá Dolores. Tu hijo yora.

Rosario. ¡Ya se despertó!

Señá Dolores. Anda a dormirlo. (Rosario se va por el foro. La señá Dolores, con gran sigilo, levanta la ropa de la mesa-camilla y en voz queda le dice a Perico:) ¡Sarga usté! (Sale Perico de debajo de la mesa.)

Perico Flores. ¡Señá Dolores!

Señá Dolores. (Dándole el dinero.) Tenga usté; los siete duros que necesitaba usté pa los pasajes.

Perico Flores. ¡Dios se lo premie!

Señá Dolores. Y vaya usté con Dios. ¡Suerte y güen viaje!

Perico Flores. (Conmovido.) ¡Señá Dolores!...

Señá Dolores. ¡Un beso a sus chiquiyos!

Perico Flores. (Dándole la mano a Paco.) ¡Adiós, Paco!

Paco. (Estrechándosela.) ¡Adiós! (La señá Dolores abre la puerta de la calle y sale Perico, marchándose por el último término de la derecha. Luego, la señá Dolores, cierra la puerta y mira a Paco; éste la mira a ella con los ojos llenos de lágrimas. Atraídos por el mismo impulso se abrazan.) ¡Madre!

Señá Dolores. ¡Hijo!

Música

(Un momento permanecen abrazados, llorando los dos. Dentro de la tabera se oye la voz de MARIA «LA CALANDRIA», que canta una copla.)

María. (Dentro.)

Te dejo porque he encontrao
otra vez en mi camino
la luz que siempre ha alumbrao
la tristesa de mi sino.

(Al oirla, Paco sufre un estremecimiento, pero en seguida contrarrestra el efecto de la copla la voz de Rosario, que canta la nana a su hijo para dormirlo de nuevo.)

Rosario.

Nana, nanita,
nanita, nana,
duérmete, luserito
de la mañana.

(Paco vacila un instante, y luego descorre la cortina de la puerta del foro y entra en la alcoba. En ella aparece ROSARIO sentada en una silla y meciendo una cuna. Paco se inclina para besar a su hijo y después permanece junto a su mujer.) No lo espabiles. ¡Míralo! ¡Qué ángel!

(La señá Dolores eleva sus ojos hacia lo alto como dando gracias al cielo. Por el foro, de izquierda a derecha, vuelve a cruzar UN VENDEDOR.)

Un Vendedor. (Pregonando.) ¡Asás... y calientes!

Rosario. (Cantando.)

Mi niño se ha dormido,
mi amor le sela;
un ángel escondido
su sueño vela.

(En un reloj de torre dan las nueve. Cae el telón.)

FIN DEL ENTREMÉS

Madrid, octubre, 1919.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edicion.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés.
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

PRECIO: UNA PESETA